



La divulgación de la ciencia en las universidades

Luis Estrada

En las mesas redondas es frecuente oír la queja del último en intervenir consistente en que sus antecesores ya dijeron todo. Con base en esta experiencia he pedido ser el último en hablar esperando que todo esté dicho. En efecto, en esta mesa y en otros sitios y ocasiones, todo se ha dicho y como también todo sigue igual, sospecho que estamos entendiendo en distinta forma las palabras que repetimos. Por lo tanto, con la pretensión de aportar algo a esta mesa, intentaré repetir mucho de lo ya dicho.

Empezaré por reiterar que la divulgación de la ciencia es una labor tendiente a poner a disposición de un público general el conocimiento científico. Repetiré también que este conocimiento se caracteriza por el procedimiento seguido para lograrlo y que en muchas ocasiones este camino nos enseña más que los resultados obtenidos. Por ello los divulgadores de la ciencia se empeñan en mostrar, como parte esencial de su labor, los procedimientos seguidos en la investigación científica. Finalmente diré que, al parecer, ya todos aceptamos que la ciencia es una parte de la cultura.

Con lo dicho me siento obligado a hacer algunas aclaraciones. ¿Estoy empleando el concepto de conocimiento científico como un sinónimo de ciencia? ¿Hablo de procedimientos de investigación para eludir la idea de método científico? ¿Qué es ciencia y qué es cultura? Aunque ya manifesté mi sentimiento de obligación no intentaré responder esas cuestiones ni seguir mi lista de repeticiones pues lo dicho es suficiente para encausar las aisladas y deshilvanadas reflexiones que he decidido exponer aquí.

Primera. El deseo de compartir un conocimiento puede realizarse en muchas formas y lugares. En nuestro medio es usual asociar la adquisición de conocimientos con las escuelas aunque se empieza a aceptar otras formas de lograrlo. Sin embargo la ciencia sigue siendo cosa de la escuela y lo más que se cuida es que su presentación se realice de acuerdo con el nivel escolar. En la difusión de la ciencia han ganado terreno otras formas, como los museos, pero la mayoría de esas otras formas siguen insertas en nuestro país en el medio escolar. No olvidemos que aquí estamos reunidos por el interés de una renovación universitaria. Lo que quiero dejar claro es que estamos considerando aquí actividades de divulgación de la ciencia auspiciadas, preparadas y presentadas por una universidad.

Segunda. Lo común es justificar la labor de divulgación de la ciencia con argumentos para apoyar el desarrollo de la investigación científica. Así se empieza por afirmar que la ciencia es un factor esencial del desarrollo de los países y que en nuestro país aún es muy reducida, que la ciencia es un valor económico y que los industriales no son conscientes de ello y se quiere recurrir, con éstos y otros argumentos semejantes, a la divulgación de la ciencia para remediar tales deficiencias. Se repite que hay que promover vocaciones científicas en los jóvenes y que hay que abrir los ojos a los empresarios y que para eso la divulgación de la ciencia es un poderoso auxiliar.

Tercera: Recientemente se han difundido dos cualidades más: la ciencia es divertida y su divulgación es un sano entretenimiento. Parece que hay que reivindicar a la ciencia borrando recuerdos provocados por el aburrimiento que algunos sentimos cuando tuvimos que cursar algunas clases de ciencia, especialmente las de física. También hay que aprovechar el ya notable interés de nuestro gran público por asuntos de ciencia presentados en los medios masivos de comunicación como el logrado en la televisión por algunos capítulos del *Discovery Channel*, que llaman más la atención que otros siempre presentes en las programaciones comunes de nuestras estaciones de televisión gratuita. Tampoco hay que olvidar que la creciente población de nuestra ciudad requiere

de más y mejores espacios de esparcimiento y diversión y que nuestra universidad siempre ha contribuido a la amplia y buena distribución de la cultura.

Cuarta: La atención a la necesidad de mayores y más variados currículos es algo que no debe dejarse a un lado. Aunque muchos se quejan de que la formación y experiencia “cultural” es algo que cuenta muy poco en un currículo, la adición de éstos méritos es cada vez mayor. Sin considerar que algunos aseguran que este fenómeno sólo es parte de un necesario crecimiento del tamaño de un currículo, en los últimos tiempos han aparecido signos muy claros del deseo de participar seriamente en esa clase de actividades y adquirir una buena formación para desempeñarlas. El aumento de ofertas y oportunidades, como diplomados y maestrías, en el campo de la divulgación de la ciencia son un buen ejemplo. Muy relacionado con este asunto está la inquietud que muchos califican como la “profesionalización” de la divulgación de la ciencia ya que ésta da al interés por esa actividad otra cualidad universitaria.

No añadiré más temas de reflexión pues deseo concretar mi participación en esta mesa. Quiero antes dejar asentado que lo que se repite “por algo se repite” y que los temas que mencioné no sólo son pertinentes, por lo que no hay que desdeñarlos, sino que ellos han influido más de lo que comunmente se reconoce en el desarrollo de las actividades de divulgación de la ciencia en nuestra universidad. Sin embargo insisto en externar las opiniones que pretendo dar.

La ciencia es un conocimiento y como tal es materia educativa. Por naturaleza este conocimiento no es estático y la investigación científica actual no sólo lo acrecienta sino también lo corrige, precisa y profundiza. Más aún, en los tiempos recientes la tendencia a la confrontación de conocimientos especializados y a la colaboración interdisciplinaria ha aumentado en forma muy notable. Repito nuevamente que el conocimiento científico está derivado de un procedimiento que le es propio, que es comunicable y que puede enseñarse al menos con el ejemplo y con el trabajo en equipo.

Una universidad es, primordialmente, un centro educativo y el conocimiento científico es ahora, más que nunca, un saber esencial. Debo subrayar que un conocimiento especializado, creciente y en evolución permanente, como la ciencia, requiere para su realización de un espacio y un ambiente que en nuestro medio sólo puede dar por ahora nuestra universidad. Debo recalcar también que las llamadas “funciones sustantivas” de nuestra casa de estudios –docencia, investigación y difusión de la cultura– son todas necesarias para el caso de la ciencia. Sin embargo, debo señalarlo también, que el ejercicio de ellas en el asunto que nos concierne no debe hacerse mecánicamente y sólo “por cumplir”. De igual manera debo mencionar que esa división de funciones universitarias, como ahora prácticamente se aplica, es, al menos en el caso de la ciencia, artificial y anacrónica, por lo que es urgente revisarla y actualizarla.

La revisión y actualización de las funciones universitarias es una responsabilidad de nuestra universidad que nunca ha sido negada aunque sólo débilmente ejercida. Cabe enfatizar que ella es una labor académica que debe desarrollarse con tranquilidad y con espíritu de acercamiento, entedimiento, colaboración y búsqueda de consensos. Es una tarea de personas educadas –entiéndase: personas con una buena formación universitaria– que han aceptado educar a las nuevas generaciones y que han mostrado saber ejercer bien su compromiso y aplicarlo con sabiduría. No creo engañarme al pensar que nuestra universidad tiene muchísimas de esas personas y que ellas sólo esperan la oportunidad para actuar. Espero y confío que éste sea un buen momento para entusiasmarlas a obrar. Y por lo que se refiere a la divulgación de la ciencia en nuestra universidad, permítanme ya no repetir más.